

Novela Popular Cinematográfica

REVISTA
SEMANAL
ILUSTRADA

El triunfo del amor



PROTAGONISTA:
CLAIRE WINDSOR

AÑO II
NÚMERO 59

25 PRECIO:
CÉNTIMOS

THE ETERNAL THREE

1923

El triunfo del amor

Argumento, en forma de novela, de la grandiosa película del mismo título. Exclusiva de «Goldwin Cosmopolitan Corporation»; Rambla de Cataluña, 122.

Protagonistas principales: HOBART BOSWORTH y CLAIRE WINDSOR, en los papeles de Doctor Walters y su esposa.

I

En todos los empleos y profesiones de la vida hay seres que se sacrifican al cumplimiento del deber; pero nadie sirve a la humanidad con tan constante y abnegada lealtad como el médico.

Digno monumento al genio de uno de esos apóstoles de la ciencia, era el hospital erigido en honor del doctor Francisco R. Walters, por uno de los muchos hombres a quienes había salvado la vida.

El doctor Walters era, en verdad, un sabio que sólo vivía para su profesión. Para él no existían fiestas, ni espectáculos, ni otros placeres que el de estudiar para salvar a los hombres de las terribles enfermedades que, con frecuencia, les atormentan. La especialidad del doctor Walters era

la cirugía del cerebro, y había realizado ya, en diversas ocasiones, curas maravillosas.

El día que comienza nuestro relato, el doctor se hallaba, como siempre, en su despacho, estudiando y como ensimismado, puesta toda su atención en lo que estudiaba y ajeno a todo lo que no fuera el estudio.

Sobre la mesa había una carta. La abrió y la leyó. Decía aquella misiva, que era del padre de uno de los muchos hombres a quienes había salvado la vida: «Sabiendo que usted no aprecia el dinero sino en cuanto le sirve para aliviar los sufrimientos ajenos, he depositado a su crédito la suma de cien mil duros, que confío se servirá usted aceptar como débil muestra de mi agradecimiento por haber salvado a mi hijo de una muerte segura.—J. Morgan Whitney.»

Sonrió complacido el doctor y volvió a dejar la carta sobre la mesa para tornar nuevamente a lo que estaba estudiando.

No pudo hacerlo. Cuando iba a abrir el libro, entró el doctor Esteban Browning, colaborador suyo e íntimo amigo, y también admirador ferviente.

Entró también en el despacho y volvió a salir pronto, después de saludar y poner en orden algunas cosas, una linda muchacha, dispuesta, ágil y hacendosa, llamada Gilda Gray, que era la secretaria del doctor.

El visitante doctor dijo a su colega y amigo:

—Se ha arreglado todo para la operación del gobernador Taglor: estará aquí a las dos.

—Muy bien—contestó el estudioso cirujano.

El mentado gobernador, a quien una lesión cerebral amenazaba privar de la vista, eligió al doctor Walters como el único cirujano capaz de practicar la arriesgadísima operación que había de evitar el peligro que le amenazaba.

Como ya era casi la hora en que éste había de llegar al hospital, los dos doctores marcharon hacia la sala de operaciones donde se vistieron de modo adecuado. Y antes de que el gobernador llegara, el doctor Walters hubo de trabajar largo rato con otros enfermos. Tanto trabajó, que el otro doctor le dijo:

—Francisco, ¿te has dado cuenta de que has estado operando mucho rato sin descansar ni un momento?

Por toda respuesta, el doctor Walters tendió su mano derecha y la sostuvo largo tiempo sin el menor temblor, prueba evidente de la inexistencia del cansancio. Luego dijo:

—Más firme que una roca!

—¡Está bien!—repuso su amigo.—Pero una gota de agua acaba por horadar la roca más dura; y si no sigues mi consejo, acabarás por caer enfermo.

Un practicante avisó:

—El excelentísimo señor gobernador.

Entró éste, saludando:

—¡Hola, amigos!

En seguida, comenzaron los preparativos para la operación. Y poco después, cuando ya ésta hubo terminado, el doctor Walters exclamó:

—La operación ha sido un éxito completo; y el gobernador podrá entregarse de nuevo a sus quehaceres antes de diez días.

Decía esto el doctor a su amigo en la sala de aseo, mientras se preparaba para lavarse. Y al ir a acercarse al grifo del agua, víctima de su excesivo celo en el cumplimiento del deber, cansado, rendido, cayó al suelo sin conocimiento.

Fue recogido por los que le rodeaban y poco después llevado a su casa.

Bastantes años antes de esto, el doctor Wal-

ters, deseoso de dejar un heredero que siguiese sus huellas, adoptó a un huérfano a quien dió el nombre de Leonardo...

...Pero veinte años de cariño y de buenos consejos no habían logrado cambiar el fondo moral de aquel joven, que era una de las criaturas más cínicas que sea dado imaginar.

El cual joven, ajeno a todo trabajo y ocupación, sólo pensaba en diversiones fáciles y en devaneos de toda clase y naturaleza. Se levantaba siempre después del mediodía, tenía un criado exclusivamente para su servicio, al que, con harta frecuencia había de tratar con excesiva familiaridad porque tenía que pedirle favores, señaladamente monetarios.

La mañana siguiente de lo que acabamos de relatar, llamaron al teléfono instalado en las habitaciones del joven parásito. Acudió el criado. Cuando se hubo enterado de quién llamaba, dijo a su señor:

—Es la señorita Jones, don Leonardo.

Corrió al teléfono el tal Leonardo. Y gritó allí a la señorita que llamaba:

—¡Nos veremos a las ocho!

Así empezaba siempre el día aquel ser inútil: acordando una cita con una mujer cualquiera para las primeras horas de la noche.

Entretanto, el doctor Browning visitaba a su amigo y admirado, en el cual había dejado hondas señales el desvanecimiento del día anterior, y le decía:

—¿Tú necesitas descanso, Francisco! ¿Por qué no te ausentas de la ciudad una temporada? Un viaje te haría mucho bien.

—No lo dudo, pero, ¿cómo dejo a mis enfermos? Los médicos no nos pertenecemos, amigo mío.

—Ya sé que valgo muy poco para reemplazarte, pero te prometo hacer cuanto pueda y sepa con tal de que descanses una temporada. ¿Vamos! Decídetelo... ¿Cuándo te vas?

—Gracias, amigo mío... Me iré. Confío en ti para irme.

Quedó, pues, acordada la partida del doctor Walters en busca de un poco de descanso.

Entretanto, en los alrededores del hospital, esperaba la salida de la secretaria del doctor, su novio, un honrado muchacho llamado Tomás Tucker.

Y allá en uno de los barrios populares de la ciudad, Miriam Burnes, la amiga con quien Gilda compartía un reducido hogar, hallaba en Roberto Gray, hermano de Gilda, un auxiliar siempre dispuesto para preparar la comida.

Todos estos seres humildes vivían felices y contentos. Y Gilda, tan bella y tan gentil, era la alegría de todos...

Siguiendo al fin el consejo de su amigo, el doctor Walters decide hacer un viaje de recreo a México.

Y antes de partir, entró en las habitaciones del joven Leonardo, al cual dijo:

—Leonardo, te he matriculado en una escuela de comercio, adonde empezarás a ir desde mañana. Trata de portarte bien.

—Muy bien, papá, muy bien. Tienes razón. Basta de fiestas y amorfos y a estudiar.

Contento el doctor por esta respuesta, salió. Y cuando apenas había cruzado la puerta, como llamaran al teléfono, para acudir pronto, Leonardo dió un salto; una perfecta pirueta. Se ve que era una de sus jóvenes amigas la que llamaba, por lo que contestó:

—¡Nos veremos a las ocho!

Inútiles las palabras que había dicho poco antes al doctor...

II

En la ciudad de México, el doctor encontró al mayor Carr, amigo suyo de los tiempos estudiantiles, que viajaba en compañía de su hija, una joven de belleza atrayente y sugestiva.

Esta muchacha, llamada Luisa, simpatizó sin tardanza con el doctor y comenzaron a pasear solos y a admirar, ambos, las cosas bellas de la ciudad, charlando de paso de todo con cierto agrado y singular complacencia.

Entretanto, el cínico Leonardo, cuyas aficiones le inclinaban más a la diversión que al estudio del comercio, abandonó la escuela en que el doctor le había matriculado.

Pur todo comentario de este acto, decía a su criado:

—Los negocios que enseñan en la escuela de comercio no son los que a mí me interesan.

Y luego, haciendo una de sus acostumbradas piruetas, añadió:

—¡Ahora, a cobrar mi mensualidad!

Y se encaminó al hospital, para ver al doctor Browning, que era el encargado de darle cada mes, mientras su padre adoptivo estuviese fuera, determinada cantidad.

Al llegar, naturalmente, encontró en el despacho a Gilda Gray, la linda secretaria. Ya la conocía, pero nunca había charlado mucho con ella ni le había prestado gran atención. Aquel día, sí se sintió atraído, de la forma que a él le atraía la belleza femenina, por la linda muchacha.

Le dirigió algunas frases galantes. Bromeó con

ella, casi le hizo declaración de amor. Pero Gilda, que no le tomaba en serio, reía.

—¿Está el doctor Browning?—preguntó al fin Leonardo.

—Sí—repuso Gilda.

Y acompañó al joven hasta la puerta del despacho del doctor.

Mientras Leonardo charlaba con el doctor, Gilda habló por teléfono con su novio, que la había llamado.

El cielo de los enamorados es como el del verano: no se sabe cuándo viene nube ni cuándo un chubasco...

Tomás, el novio de Gilda, había estado la noche antes en una fiesta. Gilda, que lo supo, se mostraba muy disgustada por ello. Y en cuanto se acercó al aparato, dijo a Tomás frases duras, de reproche.

Tomás le contestó:

—No es verdad, Gilda; te aseguro que no había mujeres en esa fiesta.

Ella, no queriendo aparecer débil, dijo con voz segura:

—Lo siento mucho, Tomás, pero es inútil que trates de darme explicaciones. Todo ha terminado entre nosotros.

Y dejó el aparato, alejándose. Inútiles fueron las repetidas llamadas que Tomás siguió haciendo. Gilda no le escuchó más.

En un palacio del centro de la ciudad, a aquella misma hora, se estaban haciendo preparativos para una gran fiesta. El dueño lo dirigía todo.

Era éste un tipo ridículo llamado Emilio Brockway, gran amigo de Leonardo, un viejo verde que no pensaba más que en derrochar, dando fiestas galantes, sus muchos millones.

Leonardo, al salir del despacho del doctor con

la cantidad que éste le había entregado, volvió a bromear con Gilda y le dijo últimamente:

— Vamos a dar una fiesta esta noche: ¿Quiere usted venir?

Se refería a la fiesta que se preparaba en el palacio del viejo ridículo.

Gilda no contestó. Y como Leonardo advirtiera que entraba el doctor, se apresuró a salir, diciendo:

— Nos veremos a las ocho!

No sabía, al parecer, decir otra cosa.

Gilda, al quedarse sola, comenzó a meditar.

«No vayas», decíale el amor y la prudencia, «no vayas a esa fiesta». Pero la vanidad ofendida la instaba: «Si, no seas tonta, vé; aun cuando sólo sea para que rabie Tomás.»

Más firme en su mente este pensamiento que el anterior, se decidió a ir. Y buscó, para engalanarse, del ajuar que estaba preparando para su boda, el traje de baile, comprado a costa de quién sabe cuántos sacrificios. Y a las ocho, cuando llegó Leonardo a buscarla, en auto, ya estaba dispuesta...

Tomás, que iba contento a charlar con ella y a desvanecer su disgusto, la vió salir. El alma se le cayó a los pies. Tristemente, desandó el camino hasta su casa, se encerró en su cuarto y extrajo unas cartas de Gilda, de un cajón en que las guardaba amorosamente.

¿Con qué melancolía repasó el joven las cariñosas cartas que ella le había escrito durante una breve ausencia?

Una de aquellas cartas terminaba así: «...nunca me imaginé que se pudiera querer a nadie como yo te quiero a ti, Tomás mío. Vivo contando los días que me faltan para volver a tu lado. Tuya siempre, Gilda.»

Permaneció ensimismado, con esta carta en las manos, más de una hora. Luego, se puso en pie,

fué al teléfono y llamando a la amiga que vivía con Gilda, le dijo:

—Hágame el favor de decir a Gilda que me telefone en cuanto llegue, por tarde que sea.

Y se sentó a esperar la llamada de la novia, mirando de vez en cuando el reloj, que iba marcando las horas con una lentitud desesperante.



Gilda, acompañada por Leonardo, hizo una entrada triunfal en el palacio del viejo verde, en donde ya había gran número de mujeres y de hombres, todos ellos de la categoría de Leonardo.

El banquete fué orgiástico. Las bebidas espirituosas abundaban. Gilda, no acostumbrada a tales excesos, allá a la medianoche se mareó. Hubieron de llevarla, otras mujeres, a una estancia apartada y solitaria, en donde la dejaron tendida en un sofá que estaba al lado de un balcón abierto.

Poco después, terminada ya la fiesta, en las ho-

ras de la madrugada, cuando todos los invitados se habían marchado, Leonardo entró en aquella estancia. Llevaba en su rostro un gesto de sátiro. Poco a poco se fué acercando a Gilda, que continuaba sin conocimiento.

Horas después, amanecía. Aurora gris para dos almas: para la de Tomás, que aun aguardaba la llamada, por teléfono, de su novia, y para la de Gilda, que volvía a su casa con el rostro pálido, demacrado y con visibles señales de haber sostenido una lucha y de haber salido vencida.

Al llegar a su casa, se miró al espejo y prorrumpió en amargo llanto.

Si hubiera conocido la obra poética de Espronceda, habría recordado estos versos que explican cumplidamente la tragedia de que había sido protagonista en unas breves y dolorosas horas:

«Tú eres, mujer, un fansl
transparente de hermosura...
¡Infeliz si por tu mal
compe el hombre en su locura
tu misterioso cristal!

Se cubrió el rostro con ambas manos y estuvo llorando largo rato, callada y angustiosamente. Su pena era más enorme que su dolor, con ser éste extraordinario.

Entretanto, el cínico Leonardo, en sus habitaciones, pasaba la vista por un periódico matinal, fijándose especialmente, y con visible complacencia, en un anuncio que decía: «*Ziegfeld Follies*, la revista en la que hay más mujeres bonitas.»

III

Gilda, comprendiendo que había llegado la hora en que tenía que marchar al despacho, procuró serenarse, se limpió las lágrimas, se vistió su traje de diario y se dispuso a salir. Entonces, vió, sobre la mesa, una carta.

Era de su amiga y vecina y decía: «Gilda: Tomás avisó que le llames por teléfono apenas llegues, sea la hora que sea.—*Miriam*.»

Fué, pues, con una pena infinita hacia el aparato y llamó. Tomás no se había acostado en toda la noche y ya no tenía la menor esperanza de que Gilda le llamara.

Al oír el timbre, corrió al teléfono. Y al ver que era Gilda quien hablaba, dijo atropelladamente:

—Sólo quería decirte que no estoy enojado contigo por lo que me hiciste ayer, Gilda querida. Estuve, sí, y estoy aún, muy triste y muy nervioso.

Gilda, al oír las palabras cariñosas de su novio, no pudo evitar el llanto. Procuró separar un poco el aparato para que Tomás no se diera cuenta de que estaba llorando y dijo con voz atribulada:

—No podré verte nunca más...

—¿Por qué?— inquirió Tomás.

—Evítame las explicaciones— añadió Gilda.— Serían muy dolorosas... Olvídame y perdóname...

Tomás quiso saber más, pero Gilda abandonó el aparato y se alejó transida de amargura.

A aquellas fechas, el doctor Walters, que continuaba en Méjico, había descubierto que unos ojos azules pueden resultar más interesantes que todos los libros de cirugía.

Claro es que estos ojos azules eran los de Luisa, la hija del mayor.

Un día, paseando por las afueras de la ciudad, el doctor hizo su declaración amorosa, que era ya esperada y que fue bien recibida. Quedó fijada la fecha de la boda...

Y de todo esto, en la ciudad natal del doctor nada se sabía.

Pasaron unos días, alegres y vanos, como todos, para Leonardo, profundamente tristes para Gilda, que ahora ya nunca sonreía a nada ni a nadie.

Y una bella mañana, el joven cómico se presentó en el despacho, ante Gilda, haciendo sus acostumbradas piruetas. La joven ni le miró siquiera.

El dijo:

Se han empuñado en que vaya a Boston con un alto empleo en una casa de comercio y mis amigos me despiden esta noche con una fiesta. ¿Quiere usted acompañarme a ella?

—No, gracias—contestó Gilda.—La fiesta a que asistí con usted fue la primera y la última, para mí.

Había tanta seriedad en esta respuesta, que Leonardo, cosa rara, pareció meditar. Y contestó:

—¡Perdone usted si la he ofendido!

—No tengo de qué perdonarle ni le culpo a usted de nada; lo único que deseo es que me deje tranquila.

Hubo un momento de silencio. Después apareció el Leonardo de siempre. A tiempo que se dirigía al despacho del doctor, dijo a Gilda:

—Ya que usted no quiere venir, ¿me haría el favor de llamar a la señorita Sterling e invitarla de mi parte?

Gilda, sin responder, cogió el aparato del teléfono para cumplir lo que se le pedía. Leonardo, tranquilamente, pasó al despacho del doctor.

El doctor oyó, dudando, los planes de Leonar-

do, su marcha a Boston para trabajar. ¡Era increíble!

Pero en vista de las seguridades que daba el joven, lo creyó y le dijo:

—La verdad, Leonardo, es que tu conducta tiene muy preocupado a tu padre. ¿Será posible que no te corrija nunca? Ahora, con esa marcha a Boston, podrá hacerlo. ¡Procura hacerlo, hombre! Tu padre lo merece...

—Prometo no merecer más advertencias.

Bien, muy bien. A ver si es verdad. Espero que esta vez tengas juicio y te quedes allá labrándote un porvenir.

—Eso deseo yo también.

Continuaron hablando y, mientras lo hacían, salieron del despacho y entraron en el que se encontraba Gilda, la cual puso un comentario burlante a algunas palabras de Leonardo, lo que llamó la atención de éste y especialmente del doctor. Ambos, en efecto, se quedaron mirándose, silenciosos. La extrañeza de Leonardo no podía ser, en verdad, justificada. Pero como era tan superficial, no se explicaba la actitud de Gilda.

Esta, deseando no ver más ante ella a los dos hombres, y sabiendo que tenía un medio para ello, dijo a Leonardo:

—La señorita a quien hablé de su parte, estará lista a las ocho.

Como ésta era la prueba más evidente, ante el doctor, de que Leonardo seguía siendo el mismo joven cínico de siempre, éste, antes de que el doctor le dijera algo desagradable, huyó. Era lo que Gilda había previsto. En seguida, el doctor, con un gesto de repulsa en su rostro, volvió a su despacho.

Gilda quedó sola, que era lo que ella deseaba. Y al quedarse sola, meditó nuevamente en la tra-

gedia de su vida, truncada por un hombre despreciable.

Algún tiempo después, en la mañana de un domingo de los últimos días de otoño, hallándose Gilda y su amiga Mariana sentadas junto a la mesa para desayunar, como Miriam viese que Gilda no probaba bocado, la interrogó, y Gilda se echó a llorar, a tiempo que se levantaba, huyó a su cuarto y se echó sobre la cama derramando copiosas lágrimas. Miriam la siguió, interrogándola nuevamente. Y Gilda hizo la confesión temida. ¡Iba a tener un hijo!

Aquella misma mañana, Leonardo volvía de Boston.

Al entrar en la casa, el primero con quien tropezó fué con su criado, al cual dijo:

—Yo no nací para trabajar.

Y antes de que el criado le contestara, añadió:

—¿Qué tal andamos de dinero?

Echó mano aquél a sus ahorros y los mostró a Leonardo. Este se guardó todos los billetes, dejando, en las manos del criado, sólo la calderilla. Y le dijo:

—Paga al cochero con lo que queda.

Luego, como recordando algo olvidado, el criado exclamó:

—Su señor padre ha vuelto ayer de su viaje. Se fué solo y ha traído compañía: ¿vuelve casado!

Leonardo se asombró ante aquella noticia inesperada. Luego, con su superficialidad de siempre, inquirió el paradero de los recién casados. Le informaron de dónde estaban. Corrió hacia aquella habitación, en la que entró haciendo sus piruetas y saltos de costumbre.

Friamente saludó a su padre adoptivo, diciendo después:

Eso es lo que se llama irse de vacaciones y no perder el tiempo, papá.

Y añadió:

—¡Preséntame!

El doctor, sonriendo, hizo la presentación de rigor. Leonardo corrió hacia la esposa de su protector y le besó largamente la mano que ésta le había tendido. Luego, se la quedó mirando fijamente. No la miró como lo que era. En su mirada había ese cinismo del que mira a toda mujer, sea la que sea, como una probable conquista.

Leonardo, olvidando todo lo que debía al doctor, miró a la esposa de éste con esa mirada estúpida de conquistador, con esa mirada cinica y odiosa de un Don Juan sin escrúpulos de ninguna clase.

IV

Al mes de haber regresado, el doctor se entregó de nuevo en cuerpo y alma a sus tareas.

Y Luisa, su esposa, que quería seguir viviendo en plena luna de miel, sufrió el primer desencanto. Amaba mucho a su esposo, pero no quería que hubiera nada en el mundo que pudiera ocupar el pensamiento de él, con preferencia al amor de ella. Y como vela que los estudios estaban a punto de ganar la batalla, Luisa se sentía desasosegada, inquieta, intranquila, y también con cierta pena silenciosa que ponía en su rostro una marcada nube de tristeza.

Advirtió lo mucho que había de dolerle la preferencia del doctor para otra cosa que no fuese ella, un día que, al acabar de comer, el doctor cogió un libro y se puso a estudiar tal que si no hubiese nadie a su lado. Luisa recibió, en su alma, un dolor de los que tardan mucho tiempo en olvidarse.

Para amenguar su pena, marchó a la alcoba del doctor dispuesta a esperarle allí hasta que se retirara a descansar. Entonces, con cariño le haría comprender ella lo poco amable de su actitud. Pero esperó inútilmente. El doctor estuvo estudiando toda la noche y Luisa hubo de retirarse a sus habitaciones, ya de madrugada, con el alma herida de tristeza.

Sabido es cuanto uno mismo exagera ciertos estados de ánimo. Aquella mañana, Luisa se consideraba la mujer más desgraciada del mundo.

Y poco después, comenzó a cavilar, buscando un plan para atraerse otra vez la atención, el cariño, las caricias de su esposo.

Luisa era una mujer de carácter. No se dejaría vencer fácilmente. Además, era orgullosa, con ese orgullo justificado que va parejo a la belleza femenina. Se sentía, pues, herida en su orgullo. No hay ninguna ciencia que ayude al esposo para olvidarse de sus deberes. Tampoco para menospreciar, arrojando a otras cosas, las necesidades, físicas, morales y espirituales, de su esposa.

Todo esto bullía en la mente de Luisa y todo lo iba pesando y midiendo en la busca de su plan para la reconquista del esposo.

Y pasaron unos cuantos días iguales, monótonos, largos y pesados. Durante ellos, cada vez se le hacía más inaguantable, a Luisa, su soledad.

Una tarde, ya en las últimas horas del día, viendo Luisa que el doctor no regresaba del hospital, como habían convenido para salir juntos a visitar una exposición, fué a llamarle por teléfono para recordarle lo que tenían proyectado.

Su teléfono no funcionaba. Decidida, fué hacia las habitaciones de Leonardo para llamar con el aparato que había en la estancia de éste.

Leonardo, que continuaba siendo como siem-

pre, al entrar Luisa, acababa de decir a una de sus superficiales amigas las palabras acostumbradas:

—Nos veremos a las ocho.

Luisa, entrando, dijo al protegido de su esposo:

—Nuestro teléfono está descompuesto, ¿puedo usar el suyo?



Con un gesto y una sonrisa, Leonardo señaló el aparato.

Luisa llamó en él y dijo al doctor:

—¿Se te ha olvidado que tenemos que ir esta noche a la Exposición Caballar?

—No se me ha olvidado—contestó el doctor.—Pero necesito terminar un informe para el Congreso Internacional de Cirugía que se reúne mañana, Luisa.

Luisa hizo un gesto de disgusto.

El doctor habló de nuevo:

Dile a Leonardo que te acompañe.

Luisa participó a Leonardo lo que el doctor había dicho, añadiendo después:

—No quiero causarle a usted esa molestia.

Leonardo, sonriendo, aseguró que, en lugar de molestia, era un placer, para él, el poderla acompañar.

Mientras decía esto, esperaba que Luisa saliera para telefonar a la amiga que había citado desahuciando la cita.

Y como Luisa tardara en salir, la miró. Era su mirada de acostumbrado cinismo. Brilló en la mente de Luisa, ante aquella mirada, una idea salvadora para atraer nuevamente a su esposo.

Entretanto, Gilda, que ya no podía ocultar su estado, se decidió a ingresar en una casa de maternidad. A nadie dijo nada. Sólo escribió a su amiga y vecina la siguiente carta: «Querida Miriam: Ya sabes adónde voy, pero recuerda tu promesa de no decir nada a nadie. Dile al doctor Walters que mi madre cayó enferma y tuve que volar a su lado. Estaré de regreso, tú ya sabes cuándo. ¡Adiós!»—*Gilda.*»

Pocos días después, fué el cumpleaños de Luisa.

Fueron invitados gran número de amigos del doctor, los cuales hubieron de ser recibidos por Luisa misma, pues el doctor no había salido en todo el día del hospital. Y cuando ya se acercaba la hora de la recepción, se presentó el doctor Browning, que dijo a Luisa:

—Siento no poder asistir a la fiesta; pero su esposo tiene que atender un caso muy delicado que nos detendrá a ambos, en el hospital, hasta muy tarde.

—¿Mi esposo, entonces, tampoco estará en la fiesta?—preguntó Luisa.

—Probablemente no—contestó el doctor.—Ya le he dicho las causas.

Luisa se alejó verdaderamente disgustada.

Leonardo, que no se separaba de ella, pudo ver su desagrado. Y pensó aprovecharlo. Ella, por su parte, como si adivinara los pensamientos de Leonardo, pensó también aprovecharse de ellos para el plan que venía madurando. El único joven le serviría de instrumento.

Leonardo la invitó a pasear por el jardín. Ella, simulando una alegría gozosa, accedió. Y procuró que fueran hacia un lugar en donde pudieran ser vistos por el doctor cuando regresara, por si acaso regresaba pronto.

He aquí, pues, la situación:

Una esposa que se siente abandonada y que quiere atraerse a su marido aunque para ello tenga que representar una comedia desagradable... Y un joven sin conciencia ni sentido moral cuyo cinismo ayuda a la mujer para que pueda llevar a cabo su plan...

Ya en el jardín, el cinismo de Leonardo empezó a mostrarse. Cogiendo las manos de la esposa del hombre al que tanto debía, exclamó:

—Es usted encantadora, Luisa... ¡Yo la amo!

A Luisa le repugnaba este proceder de Leonardo, pero dispuesta a valerse de ello para recobrar el amor de su esposo, fingió aceptar los galanteos, sonriendo a las palabras de amor, pero sin dejar, no obstante, que Leonardo la besara.

En el momento que él lo intentaba y que Luisa se resistía, el doctor, que había llegado, los vió. Se quedó anonadado. Fué hasta su cuarto como un beodo. Y allí, como si acabara de recibir un mazazo en la cabeza, se reflejó en su rostro, el hondo, el tremendo dolor recibido.

Como poco después oyera pasos, se acercó a

la puerta para escuchar: eran ellos. Luisa se retiraba a sus habitaciones y Leonardo la acompañaba hasta la puerta. Antes de que ella cerrara, el joven le dijo algunas palabras que llegaron, claras, a los oídos del doctor. Hubo éste de hacer un gran esfuerzo para no romper a llorar como un niño.

V

El doctor, cuando logró calmarse un poco, se sintió asaltado por una duda cruel: «Atrás yo tengo la culpa—se dijo—por aliviar los dolores de mis semejantes, me olvidé de mis deberes para con ella.»

Pero esta actitud razonadora desaparecía bien pronto vencida por el dolor, que era lo más poderoso, en aquellos momentos, en el alma del doctor. Verdaderamente, el pobre doctor sentía un dolor de los que no caben en el alma. Como ignoraba que Luisa era inocente y que su flirt con Leonardo no era más que una lección que, aunque cruel, Luisa quería darle, para asegurar su futura felicidad, se consideraba el hombre más desgraciado del mundo.

A la mañana siguiente, después de una terrible noche de insomnio, salió de sus habitaciones tal que un hombre que acabara de pasar una larga y penosa enfermedad: pálido, demacrado, con un rostro en el que había visibles señales de un gran tormento moral.

No salió en todo el día de casa, ni habló tampoco con ninguno de sus familiares. Estuvo encerrado en su despacho, meditando, dolorido y amargado de la crueldad de su destino.

A última hora de la tarde, recibió la visita de su gran amigo el doctor Browning, el cual se ha-

bía extrañado mucho de no verle en todo el día por el hospital.

En cuanto tuvo ante sí a aquel compañero querido, el doctor le contó toda su tragedia.

—Anoche—empezó diciendo,—al llegar a casa...

Y refirió cuanto había visto y oído.

—¿Y qué piensas hacer?—le preguntó el doctor Browning.

—¿Qué quieres que haga? Ellos son jóvenes: tienen derecho a la felicidad; yo... soy ya un pobre viejo...

El doctor Browning no estaba conforme con esta actitud resignada de su amigo, pero no se atrevió a decirle lo que pensaba. Permaneció en silencio, asombrado de la conducta despreciable de Leonardo.

En esto, haciendo sus piquetas de siempre, entró en el despacho Leonardo. Ninguno de los dos doctores le miraron. El, indiferente a aquella prueba de desagrado, gritó a su protector:

Papá, ¿qué haces tú para que no se te acabe nunca el dinero?

El doctor, comprendiendo lo que aquello quería decir, contestó, pero sin mirarle:

Sube a mi despacho del primer piso y toma quinientos duros que hay en el escritorio.

El doctor Browning miró a su compañero con una mirada de reproche por aquella liberalidad con un joven tan poco digno de ella como Leonardo. Pero el doctor Walters hizo como que no se había dado cuenta.

Leonardo, indiferente aun a lo que le rodeaba, agregó:

—He invitado a Luisa al teatro: ¿me prestas tu automóvil?

Con un gesto dijo el doctor Walters que podía disponer de él. Leonardo salió corriendo. En

la misma puerta, llamó con un signo a Luisa, que ya estaba preparada para salir.

El doctor Browning, pensando que aquello era va demasiado, se puso en pie como para evitar que Luisa y Leonardo salieran. Pero su amigo, con un gesto, le indicó que no intentara oponerse a lo que tenía que suceder.

Los dos doctores, después de esto, permanecieron largo rato en silencio, temerosos del mal que podía causar, al alma del esposo que se creía engañado, cualquier comentario de lo que ocurría.

En tanto Luisa y Leonardo subían al auto. Y ya en él, Leonardo dijo:

—Mi amigo Brockway da una fiesta esta noche; vamos allá.

Fueron, pues, a casa del viejo verde, donde algún tiempo antes fué hollada la pureza de Gilda.

Luisa fué recibida por el viejo ridículo con toda clase de miramientos.

En seguida comenzó la fiesta. No había, en el salón, ninguna mujer. En medio, se había colocado una grandiosa ruleta. De una casita que había en su centro, salió una niña distraída de Cupido. Se comenzó a jugar. Y cada hombre fué teniendo la suerte, ya combinada de que le tocara, la lotería de la ruleta, una compañera para la fiesta. Las cuales iban surgiendo de debajo del aparato de juego, vestidas ya para el baile. Un truco divertido para las gentes inútiles. Cada hombre tenía un número y todos los números salieron premiados, menos el de Leonardo que ya había llevado pareja para la fiesta.

Aquel mismo día, por la tarde, Miriam había ido a visitar a su amiga Gilda. Y le había dicho:

—Le dije al doctor Walters por teléfono que tu mamá había caído enferma y habías tenido que irte al lado de ella. A tu hermano y a Tomás no

les he visto desde que tú estás aquí. No creo que sepan nada...

Por la noche, pensando en Luisa, Leonardo creía que iba a ocurrir lo mismo que había ocurrido, hacía ya tiempo, con Gilda... Pero se equivocó. No sucedió nada. Luisa era una mujer de carácter y sólo le acompañaba para llevar a cabo su plan. Le daba esperanzas, con repugnancia, pero sólo pensando en volver a ganarse, y ya para siempre, el amor de su esposo.

Llegó la madrugada y con ella el final de la fiesta, sin que Leonardo hubiese logrado ninguno de sus intentos cerca de Luisa. Al amanecer, volvían a casa. El doctor, que no dormía, les oyó llegar con harto dolor de su alma.

Leonardo dormía en la habitación de encima de la de su protector y Luisa. Todos sus pasos arriba, los podían oír Luisa y el doctor.

Al despedirse, Leonardo dijo a Luisa que le daría las buenas noches, o los buenos días, dando tres golpes en el aparato de la calefacción. Así lo hizo en efecto. Luisa le contestó del mismo modo. El doctor, oyéndolos, sufría. Pero Leonardo, que era tan torpe como clínico, había dado aquella misma contraseña a algunas criadas a las que galanteaba. Y éstas, al oír los tres golpes, se levantaron y contestaron con otros aires. Se oyeron en distintos sitios de la casa.

El doctor no salía de su asombro. Luisa se sonrió pensando: «No deja tranquilas ni a las criadas». Leonardo, al oír tantas respuestas, se dio cuenta de su torpeza y comenzó a dar saltos como para aturdirse y no darse cuenta de ella. Eran sus saltos, extraordinariamente ridículos.

VI

Pasaron unos días durante los cuales el doctor procuraba disimular su agonía bajo una indiferente reserva.

Luisa, sabiendo que su esposo estaba ya enterado de su flirt simulado con Leonardo, esperaba la solución deseada. Pero pasaba el tiempo y no se vislumbraba esta solución. No sabía qué hacer para provocarla.

Leonardo, excitado por las resistencias de Luisa, estaba buscando el medio de huir con ella para lograr sus propósitos. Con este fin, habló un día largamente con su amigo el viejo verde y ridículo Brockway. Hasta que lo convenció de lo que le proponía. Sin embargo, no le dio seguridad absoluta. Pero al día siguiente le telefonó:

—He mandado alistar mi yate para el viaje a Europa que usted me propuso. Dígame cuándo partiremos.

Leonardo le contestó que iría a verle para ultimar detalles.

A Luisa no le había dicho aún nada. Le reservó esta sorpresa para última hora, seguro de que ella no se negaría a partir con él.

Salió, pues, de la casa para entrevistarse con el viejo. No pudo hacerlo. Al cruzar una calle fué alcanzado por un auto que le lanzó contra la acera, en la que recibió un golpe tremendo en la cabeza.

Le recogieron los transeúntes y un coche del servicio de sanidad lo llevó al hospital del doctor Walters.

Allí, un médico ordenó al practicante:

—Telefóneee en seguida al doctor Walters. Si no le dan comunicación con su clínica particular, llame a su casa.

Hubieron de llamar a la casa. El doctor estaba en sus habitaciones. Acudió al aparato del despacho Luisa. Y oyó que decían:

—El hijo del doctor ha sido víctima de un accidente. Tiene fracturado el cráneo.

—Háganle ustedes la primera cura—contestó Luisa.

—Imposible—le respondieron.—Nada podemos hacer nosotros. Hay que operar inmediatamente, y el doctor Walters es el único capaz de intentarlo.

Luisa, mujer de alma delicada, se sentía indirectamente responsable del peligro que corría Leonardo, y fué en busca de su esposo y le rogó que fuese a salvarle.

—¡Imposible!—le contestó el doctor.—¡Mira cómo me tiembla el pulso! ¡Lo mataría!

—Tu amor al estudio—le contestó Luisa con energía—y tu consideración a los enfermos justifican hasta cierto punto el abandono en que me tienes; pero ahora no se trata de tus obligaciones de esposo y de padre, siquiera ello sea adoptivo, Francisco, sino de tu deber de médico. ¡Tienes que ir a salvarlo!

En el alma de aquel hombre superior y abnegado, que había sabido vivir abrazado a lo que él creía su cruz, insinuó la tentación—cuando ya estuvo en el hospital al lado de Leonardo, pues no supo negarse a ir—un consejo insidioso: «Bastaría que el bisturí se deslizase un milímetro para...»

Pero rechazó aquella mala idea. Y convenciéndose bien de que su pulso no temblaba, realizó la operación en el cerebro de Leonardo, evitando el peligro mortal que se cernía sobre éste.

Cuando terminó, después de sus primeras vacilaciones, con un valor extraordinario, dijo a los que le rodeaban:

—Se salvará...

Un mes después, ya estaba curado del todo, aunque aun llevaba vendada la cabeza. Y siguió, como si nada hubiese ocurrido, como si no debiera la vida a su protector, cortejando a Luisa...

Por aquellos días, regresó de una travesía—pues era marinero—el hermano de Gilda. Y se enteró del infortunio de la joven. Sin tardanza, acompañado de Tomás, que se quedó en la puerta, se personó en la casa de maternidad.

No pudo arrancar a su hermana la confesión de quién era el padre del niño que iba a nacer.

Al salir, como Tomás le interrogara, dijo:

—No quiere decirlo.

Tomás, recordando el día que vió a Gilda subir al auto con Leonardo, dijo:

El único con el que la he visto salir es Leonardo, el hijo adoptivo del doctor Walters.

—Vamos allá—exclamó el hermano de Gilda.

Pronto llegaron. Los recibió el doctor. Explicaron a éste el motivo de su visita. El doctor se fué poco a poco poniendo pálido de indignación. Cuando supo toda la historia, salió del despacho y fué a buscar a Leonardo.

Este, valiéndose del teléfono, en la misma casa, para no ser sorprendido junto a Luisa, le estaba diciendo a ella:

—El yate de Brockway está preparado para zarpar de madrugada. He dispuesto que nos escapemos.

Luisa contestó simulando estar conforme.

Leonardo iba a decir algo más. Pero en aquel momento entró el doctor y hubo de abandonar el aparato atropelladamente. Luisa, arriba, se extrañó al advertir que se había cortado la comunicación. —¿Qué ocurrirá?—se dijo. Y bajó para averiguarlo. Pero enterada de que Leonardo había

sido llevado al despacho por el doctor, volvió arriba sin intentar saber lo que ocurría.

Cuando el doctor, con Leonardo, volvió al despacho, Tomás hubo de sujetar al hermano de Gilda para que éste no se abalanzara sobre el clínico joven.

Leonardo, indiferente, se acercó a la mesa y encendió un cigarrillo. El doctor le miraba despreciativamente. Al otro extremo, los dos visitantes aguardaban la explicación que habían ido a buscar.

El doctor, procurando calmarse, pues estaba muy excitado, dijo a Leonardo:

—Tú recordarás a Gilda, ¿verdad?

Leonardo contestó con un gesto desdenoso.

El doctor agregó, señalando al hermano de la joven:

—Este joven es su hermano.

Leonardo miró un momento al visitante, pero también con desdén.

Añadió el doctor, indicando a Tomás:

—Y el señor es el novio con quien Gilda iba a casarse dentro de poco.

Nuevo gesto indiferente de Leonardo.

Continuó el doctor:

—Ambos se han enterado de que Gilda va a ser madre...

Leonardo, dándose al fin cuenta del asunto para que allí había sido llevado, dijo con tono un tanto sarcástico:

—¿Y suponen que sea yo el padre de ese niño? ¿Qué ridiculez!

Esa respuesta estúpida les dejó a todos como anonadados. Tomás hubo de sujetar una vez más al hermano de la que fué su novia para que éste no diera una buena lección al clínico Leonardo.

VII

Después de un momento de silencio, cargado de significaciones, el doctor gritó a su protegido:

— ¡Dime la verdad!

Leonardo, sin darse cuenta de la indignación que sentía el doctor, contestó con el mismo desdén y sarcasmo que había hablado antes:

— ¿Cómo se te ocurre que yo haya podido rebajarme hasta una muchacha como ésa?

Con un ímpetu inesperado, el hermano de Gil-da se desprendió de Tomás, que lo seguía sujetando, y se abalanzó sobre Leonardo, al que arrojó con violencia al suelo, dándole, con justicia, una continuada serie de golpes rotundos y fuertes. Entre el doctor y Tomás, lograron, tras muchos esfuerzos, sujetarle. Y una vez que lo hubieron tranquilizado, cuando ya Leonardo volvió a ponerse en pie, el doctor, cogiendo un vergajo que había al lado de su mesa, se dirigió hacia su protegido y le dijo:

— Cuando eras niño, tuve que sacarte varias veces la verdad a latigazos.

Y acto seguido, comenzó a propinarle vergajazos con furia y con indignación. Leonardo cayó al suelo por efecto de los golpes que recibía de su padre adoptivo. Y en el suelo, como los golpes continuaban, hubo de arrastrarse para huir de ellos. Pero el doctor le seguía, sin abandonar el vergajo. Pasaron así a una habitación vecina, Leonardo arrastrándose y el doctor tras él sin dejar de prodigarle los golpes, uno tras otro, y cada vez más furiosos.

En aquella otra habitación, Leonardo confesó. El doctor dejó de castigarle y volvió al despacho donde continuaban los dos jóvenes visitantes.

Una vez de nuevo ante ellos, les dijo:

— ¡Ha sido él!

— Bien — contestaron los dos. — Ya sabemos ahora lo que hay que hacer.

— El castigo que merece y el que ustedes querían sin duda aplicarle, no remediaría nada; por el contrario, empeoraría la situación de la pobre víctima al entregarla a la avaricia de la prensa escandalosa...

— Es verdad...

— Mejor es que no digan nada... En cuanto a ese hombre, déjenle de mi cuenta...

Se despidieron los dos jóvenes. En seguida, volvió Leonardo al despacho. Y con un rostro en el que había, por primera vez, señales de vergüenza, dijo al doctor:

— ¡Has sido tan bueno para conmigo! Me diste un nombre, me salvaste la vida...; y yo, sólo he sabido ofenderle!

El doctor estaba extrañado de oír en labios de Leonardo semejantes palabras. Pero dudando de que fueran sinceras, permanecía en silencio.

Leonardo agregó:

— No merezco ni pedirte perdón... pero quiero que sepas que me siento avergonzado, que me inspira horror a mí mismo...

El doctor, cuya indignación iba desapareciendo para dejar libre el campo a una emoción conmovida, dudando aún de la sinceridad de las palabras de Leonardo, no acertaba a decir nada.

Leonardo, que en verdad acababa de darse perfecta cuenta de lo despreciable de su conducta, había tomado, por primera vez en su vida, una determinación seria, juiciosa, honrada. Agregó:

— Lo único que puedo hacer es irme muy lejos para que te olvides hasta de que he existido.

Y, conmovido, salió del despacho, en el cual

quedó el doctor sumido en las más diversas meditaciones.

Leonardo, en cuanto hubo salido, llamó al teléfono y dijo a Luisa:

—¡Hágame el favor de bajar en seguida!

Bajó Luisa, por el ascensor. En la puerta le esperaba Leonardo. Y en cuanto ella apareció, él la dijo con voz emocionada, que extrañó a Luisa, acostumbrada a su tono superficial de siempre:

—Me voy a ir... solo.

Y como Luisa se mostrara sorprendida de aquellas palabras, Leonardo agregó:

—El la ama y es capaz de todos los sacrificios por verla a usted feliz. El es un hombre superior; en cambio, yo soy un misérable por haber pretendido lo que he pretendido, aunque haya sido sin el menor resultado...

Luisa estaba cada vez más asombrada de oír hablar de este modo a Leonardo.

El cual añadió, después de una breve pausa:

—En verdad, yo no merezco el afecto de usted, ni el de él, ni el de nadie...

Y luego dijo, con tono aun más conmovido:

—Luisa, perdóneme usted la gran ofensa que le he hecho... y ¡adiós!

Mientras Leonardo iba hacia el sitio donde podía encontrar a su criado, Luisa entró en el ascensor y subió de nuevo a sus habitaciones.

Leonardo encontró al criado que buscaba y le ordenó:

—Atregla mi equipaje y mándalo al muelle de la Transatlántica; me embarco mañana temprano.

Y salió de la casa en que había pasado toda su vida, para no volver más.

El doctor, que sin querer había oído parte de las palabras de Leonardo dirigidas a Luisa en la puerta del ascensor, adquirió la certidumbre de que

ésta estaba dispuesta a huir con Leonardo, y que si no huía ahora era debido a lo que había sucedido entre el joven y él, momentos antes.

En la certeza de este equívoco, se dispuso a terminar inmediatamente toda relación con Luisa.

—Es lo mejor — se decía. — Arrebemos de una vez este problema que me atormenta. Hoy mismo debe quedar solucionado.

Y con este propósito, subió en busca de su esposa.

La encontró, vestida como para salir a la calle, junto al ascensor. Allí mismo, con voz henchida de pena, la dijo:

—Sin explicaciones, que no son necesarias. Quiero que conserves esta casa para ti, Luisa. Yo me iré a vivir a otra parte.

Luisa, dispuesta a continuar la comedia hasta el fin, respondió:

—No, Francisco; esta casa es tuya y debe seguir siéndolo; yo soy la que está aquí de más.

—Pero... — murmuró el doctor.

Y Luisa, dispuesta a llegar hasta el último extremo para reconquistar por entero el amor de su esposo, repuso apresuradamente:

—Es demasiado tarde para cualquier otro propósito. Mi resolución está formada.

Subieron al ascensor para bajar; ella iba a salir a la calle, para lo que ya estaba vestida; él había de volver a su despacho.

La casualidad hizo que el ascensor se parara entre uno y otro piso, atrancado quién sabe en qué.

Los criados llamaron a un electricista. Este, muy diligente... se presentó a las dos horas, cuando ya Luisa había tenido tiempo sobrado para referir a su marido la verdad de lo que había hecho... y el por qué de haberlo hecho...

Y como, ciertamente, en los actos de Luisa no

había nada más que un gran amor para su esposo, éste, convencido de ello, se sintió nuevamente feliz, todo lo feliz que puede ser en el mundo un hombre enamorado...

El electricista, en cuanto llegó, sólo con mirar al ascensor lo puso en marcha.

Y fué grande su asombro cuando vió salir de él al doctor y a su esposa abrazados, mirándose fijamente a los ojos y, al parecer, sin darse cuenta de que él estaba allí.

Abrazados cruzaron gran parte de la casa los esposos. Era aquello el triunfo del amor. Salía triunfante y victoriosa, al fin, de todos los obstáculos, de todas las dudas, de todas las vacilaciones.

Allá en la casa de maternidad, también triunfaba el amor. Tomás acudió al lado de Gilda y la abrazó comprensivo. Ella, al sentirse abrazada y perdonada, sonrió nuevamente, feliz y gozosa. No había soñado desde la noche que fué a la fiesta.

Ahora tenía a su novio a su lado, tan bueno y tan noble. ¿Qué importaba todo lo demás?

Luisa, también, una vez reconquistado el amor de su esposo, sonreía, sin dejar de permanecer en los brazos de él, que la paseaba, como en una resurrección, por toda la casa.

Llega, para todos, la felicidad. Viene traída de la mano por el triunfo del amor.

El hombre de ciencia, desde ahora, sin descuidar sus deberes, no descuidará más, tampoco, los que tiene para con su esposa. Esa es la lección que le había dado el triunfo del amor, conseguido por el ingenio de Luisa.

FIN

FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por la
pública de buen gusto, son los siguientes:

Album de Bal	Annual	30'—	pts.
Blouses Artistiques	Temporada	5'—	"
Blouse Ideal	"	2'50	"
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50	"
Ideal Parisien	Mensual	3'—	"
Jolie des Modes de Paris	Temporada	4'—	"
Mateaux et Costumes de			
Promenade	"	3'—	"
Mode de Paris	"	3'—	"
Mode Nationale	Mensual	1'25	"
New Ladies Fashions	10 veces año	6'—	"
Patrons Favoris Dames	Temporada	3'—	"
Patrons Favoris Ceremonies	"	5'—	"
Patrons Favoris Blouses	"	5'—	"
Patrons Favoris Enfants	"	3'—	"
Patrons Favoris Lingerie	"	5'—	"
Patrons Favoris Gentlemen			
Fashions	"	5'—	"
Patrons Favoris Tailleur	"	5'—	"
Patrons Favoris Travestis	Annual	5'—	"
Paris Chic	Mensual	5'—	"
Toilettes d'enfants	Temporada	2'50	"
Toilettes Modernes	"	2'25	"
Ultima elegancia	"	1'25	"
Tres chic	"	4'—	"

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero. — Descuentos convencionales a los señores correspondientes y librerías.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundiales**, Barbadá, 15. Apartado 925 — Barcelona